



Me encuentro con Dios en la acogida y escucha del otro

ISABEL BARROSO, OP

I. "ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO..."(Ap 3,20)

Nuestra vida cotidiana está jalonada de encuentros. Diariamente nos ponemos en contacto con un sinnúmero de personas. Reuniones, clases, actividades, entrevistas... van jalonando nuestras jornadas. Surgen también las visitas inesperadas, los amigos inoportunos que se dejan caer a cualquier hora y nos desprograman el día o el descanso de la noche. El teléfono suena una y otra vez y ahora también el correo electrónico nos va poniendo en contacto con aquellos que no logramos conectar personalmente. De una u otra manera, a lo largo de cada día, son muchos los que buscan en nosotras/os, religiosas y religiosos, un espacio de acogida y de escucha.

Hoy, sin embargo, has decidido hacer un alto en el camino y buscar un espacio de silencio y soledad para poder sosegar, ordenar un poco tu vida y releer el paso de Dios por tu vida cotidiana. Como los discípulos tras su intensa labor misionera, deja resonar en tu interior la invitación de Jesús:

"Venid vosotros solos a un lugar deshabitado para descansar un poco"
(Mc 6, 31).

Al iniciar esta experiencia empieza por retirarte a tu "casa interior" y cierra la puerta (cf. Mt 6, 6). Sosiégate un rato y

disfruta de la tranquilidad. Todos necesitamos ese descanso en el que podemos permanecer allí, sin hacer nada más que saborear la vida y gustar de la felicidad de ser lo que uno es.

A medida que te vayas sintiendo más relajado busca entrar en contacto contigo mismo. Cipriano de Cartago escribe:

"¿Cómo puedes pretender que Dios te escuche, si no te escuchas a ti mismo? Quieres que Dios piense en ti, cuando tú mismo no piensas en ti".

Y podríamos añadir: ¿Cómo puedes escuchar a los demás si no te das el tiempo de escuchar lo que bulle en tu propio interior? Escucharse a sí mismo, entrar en contacto con uno mismo y con las propias necesidades más íntimas es no solo la condición necesaria para entrar en contacto con Dios en la oración, sino también para poder acoger bien a los demás. Date para ello el tiempo necesario hasta que logres aceptar lo que está presente en ti en este momento y puedas poner algo de orden en tus vivencias recientes.

Con la casa sosegada, te invito ahora, en un segundo momento, a dejar desfilar ante ti, lentamente, aquellas personas que han golpeado a tu puerta de un modo especial en este último tiempo, buscando encontrar en ti una hermana, un hermano, capaz de entregarles, sin prisa, algo de tu tiempo, pero sobre todo,

cercanía, apoyo y escucha atenta. ¿Quiénes son? Contempla sus rostros. Recuerda sus gestos. Repasa sus palabras y, también, sus silencios. ¿Qué esperaban de ti al salir a tu encuentro y golpear a tu puerta?

Después de mirarlos a todos, ¿qué sensación te deja el ver desfilar ante ti a tanta gente?

II. "SI ALGUNO ME ABRE..."

"Ábreme", nos ha dicho de un modo u otro cada persona que se ha acercado a nosotros. "Ábreme", suplica también el amado del Cantar de los Cantares. Vamos a adentrarnos en esta escena, meditando el texto y tratando de relacionarlo con nuestras propias vivencias de acogida.

*"Durmiendo yo, mi corazón velaba.
Y en esto que escucho la voz de mí
amado que llama: - Ábreme, hermana
mía, amada mía, paloma mía,
hermosa mía,
que tengo la cabeza cubierta de rocío,
el cabello, de la humedad de la
noche". Me he quitado la túnica,
¿cómo voy a vestirme otra vez?
Ya me he lavado los pies,
¿cómo voy a mancharlos?
Mi amado metió la mano
por la abertura de la puerta;
al sentirlo se estremeció mi corazón.
Me levanté para abrirle a mi amado, y
mis manos gotearon mirra, sobre la
manilla de la cerradura. Yo misma
abría mi amado, pero mi amado se
había ido ya. ¡La vida se me fue
detrás de él! Lo busqué y no lo
encontré,
lo llamé y no me respondió." (Ct 5, 2-
6)*

Cualquiera pensaría que la amada se lanza precipitadamente de la cama para abrirle al amor de su vida. Ella ciertamente ha reconocido su voz. No es

un extraño, ni un desconocido, tampoco es un amigo inoportuno, es aquel por quien ella confiesa que muere de amor (cf. Ct. 5,8). Y, sin embargo, solo se escuchan excusas desde el otro lado de la puerta que justifican su pereza, su comodidad, y para cuando decide finalmente levantarse para abrir, el amado ya no está, se ha ido, seguramente cansado de esperar.

Ante cada una de las personas que fueron golpeando a tu puerta en este tiempo, observa tu actitud, los sentimientos que se despertaron en ti al sentir su presencia detrás de la puerta y escuchar que te decían: "Ábreme".

¿Qué es el pecado sino defraudar el amor! ¿Cuántas personas esperaron recibir una respuesta cariñosa de tu parte y, sin embargo, se encontraron con la puerta de tu casa cerrada? ¿A qué se debe? Toma contacto con las posibles causas de que tu puerta a veces esté cerrada: sueño, distracción, sordera, temor a las consecuencias que traería abrirla... ¿Quiénes suelen quedar fuera? ¿Cuántas oportunidades has dejado pasar?

Mira ahora la puerta cerrada que te separa de cada una de esas personas. Solo tiene la llave por dentro, y el que está afuera, a la intemperie, no puede forzar su entrada. Está a la espera de tu libre decisión: "Si alguien me abre..." (Ap 3, 20). Tú tienes la palabra, de ti depende abrir o mantener la puerta cerrada.

Sin duda, en muchas oportunidades abriste o entreabriste la puerta. Te puedes preguntar, entonces, hasta dónde dejaste a cada uno/a pasar. Cuando miro la estructura de mi propia casa de población, me doy cuenta de la diferente acogida que brindo: a unos los recibo en la reja y converso con ellos sin necesidad de buscar la llave; a otros les hago pasar pero solo quedan en el

recibidor de la entrada, y solo unos pocos entran realmente al interior de mi casa, donde se desarrolla realmente la vida de mi comunidad. Sin duda, algo semejante sucede también en nuestra casa interior: no todos tienen acceso real a nuestra vida, no acogemos a todos de la misma manera... ¿A qué se debe? ¿En mi vida, qué puerta me separa de los otros? ¿Qué dificultades tengo para abrir? ¿Cuáles son mis criterios para dejar entrar más o menos? ¿Quiénes son los que realmente tienen acceso hoy a mi morada interior?

Al repasar la lista de tus visitantes, ciertamente muchos habrán sido bien acogidos, con la misma disposición con que Abraham acogió a sus ilustres huéspedes. Aun sin conocerlos les da un trato extremadamente delicado y atento, consciente de que, por medio de ellos, Dios se acerca a su vida.

Te invito a leer el texto sosegadamente: Gn 18, 1-16. Observa la escena y fíjate en todos los detalles que manifiestan la calidad de la acogida que brinda Abraham a los tres caminantes, su actitud ante ellos, su manera de brindarles hospitalidad. Mira cómo se desvive por atenderlos, correteando de un lado a otro para ofrecerles lo mejor que tiene y, a la vez, su capacidad para acompañarles y escuchar sus confidencias. Anota también cómo el autor alterna el singular y el plural al mencionar a los visitantes para poner de manifiesto que es Dios mismo quien se acerca a la tienda de este beduino.

Sin duda, Abraham se siente visitado por Dios. Él sabe que Dios llega cuando menos se lo espera, de allí que se ha preparado para reconocer su paso en la cotidianidad de la vida. Su hospitalidad ha llevado a Abraham a esperarlo siempre, con naturalidad, como se aguarda a unos caminantes que pueden necesitar agua y alimento. Al compartir el pan con los peregrinos, descubre que también

ellos tienen algo que compartirle: planes para el futuro, promesas de esperanza, seguridades de alegría... y una gran capacidad para la compasión. En el encinar de Mambré, Abraham aprende que tras todo caminante puede esconderse -o revelarse- Dios, tras las apariencias humanas el Señor le sale al encuentro.

Y tú, ¿en qué medida sabes reconocer en esta experiencia de la acogida su presencia misteriosa?

Dios no solo nos visita, también nos habla en el encuentro hondo con el otro. En muchas oportunidades, al escuchar cómo una persona nos narra su historia, a medida que nos va dando entrada en lo más íntimo, personal e inviolable de su vida, podemos encontrar no solo las huellas de su presencia, sino escuchar a Dios mismo que nos habla por medio suyo. Sin duda, los mensajes divinos se pueden percibir en las historias humanas. Cuando vamos agudizando el oído descubrimos a veces que, a medida que la persona nos hace la narración de los acontecimientos de su vida, de un modo imperceptible, va también entrando en diálogo con Dios, haciendo una oración oculta. Ciertamente hace falta mucha atención para captarla, necesitamos ir aprendiendo a escuchar lo que el otro va susurrando al Señor al hablarnos. Y a medida en que vamos aprendiendo esto, nos volvemos también más perspicaces para oír lo que Dios, a través de las oraciones e historias del otro, nos quiere decir a nosotros. Cuando somos capaces de escuchar a las personas atentamente, y en cierta manera olvidarnos de nosotros mismos, vamos aprendiendo a escuchar a Dios que habla desde el corazón de la experiencia de otros seres humanos.

Cuando yo reviso mi propia vida me doy cuenta que la escucha honda del otro es, para mí, uno de los lugares privilegiados de encuentro con el Señor. Poder

reconocer su paso transformador y sanador por la vida del otro es, sin duda, uno de mis mayores motivos de alabanza y acción de gracias. Ciertamente tengo muchas oportunidades de ser testigo privilegiada del actuar de Dios en la vida de las personas. ¡Cómo no seguir orando, agradeciendo a Dios su visita, cada vez que tengo la posibilidad de acogerle en el que se acerca a conversar, con el deseo de compartirme algo de su historia de vida y encontrar aliento y esperanza para proseguir el camino!

Te invito a repasar en el corazón alguna conversación significativa que hayas tenido últimamente. Trata de buscar en lo acontecido el paso de Dios por la vida de la persona: qué le estaba diciendo el Señor, a qué le estaba invitando... Luego, trata de descubrir lo que Dios te ha querido decir a ti por medio de este encuentro.

III. "ENTRARÉ EN SU CASA..."

Lo mismo que en el relato de Abraham y de Emaús, quien acoge al caminante y lo sienta a la mesa, es a Dios mismo a quien acoge en su hogar, aun sin saberlo. De este modo Jesús entra en tu casa una y otra vez y se hace el encontradizo contigo de una forma bien sencilla. Ahora, sabiendo que estás consciente de su presencia, quiere hacerte una invitación personal. Escucha en tu corazón su propuesta:

"Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo". (Ap 3, 20).

Si en el relato del Génesis vimos cómo Abraham y Sara se desvivieron para agasajar a sus visitantes, ahora es Jesús mismo quien quiere preparar la comida y comer contigo. Déjate seducir por esta posibilidad de vivir un momento de intensa comunión con el Señor en la

intimidad de tu casa. Para ello te propongo terminar este tiempo de oración con un momento de adoración eucarística.

Si a lo largo de esta meditación has ido viendo cómo en toda persona puedes encontrar a Cristo; ahora, mirar la hostia te permite descubrir en Cristo a las personas. De esta forma, mirar a Jesús presente en la eucaristía te permite también reconciliarte con tus hermanos y hermanas, te ofrece una esperanza nueva para ellos y despierta dentro de ti el amor que sientes hacia ellos.

Otra posibilidad es quedarte contemplando el icono de la Trinidad de Rublev, donde puedes ver los tres hermosos ángeles, encarnación de la presencia divina, sentados a la mesa que Abraham y Sara han preparado para ellos en el encinar de Mambré. Curiosamente, los anfitriones no aparecen en el icono. Su ausencia puede ayudarte a comprender cómo el encuentro hondo con el Señor nos desplaza del centro de la escena para centrar toda nuestra atención amorosa en Él.

Cualquiera que sea tu opción, deja de lado a todos tus "otros huéspedes", olvídate también de ti mismo/a. Si estás centrado en tus propios quehaceres, necesidades o preocupaciones, ningún huésped se sentirá a gusto en tu casa. Permanece silenciosamente en la presencia del Señor, reconociendo que solo Él es tu Dios; Él, que ha venido a compartir la vida contigo. Céntrate solo en Dios, que quiere cenar contigo. No digas nada, no pienses nada, no busques nada. Deja que Él te inunde con su amor. Deja que su presencia te renueve y vitalice. Él es el morador de tu casa por excelencia. Adora y confía.

IV. CELEBREMOS LA VIDA JUNTOS/AS

Propongo que la comunidad se siente en un círculo en un lugar propicio desde donde pueda contemplar una puerta cerrada o bien prepare una ambientación adecuada.

Nos disponemos a recoger y celebrar lo vivido durante el día cantando.

Volvemos a escuchar la lectura que nos ha acompañado como hilo conductor de este día: Ap 3, 20

A continuación, para interiorizar y actualizar este mensaje, pueden hacer una lectura dramatizada de este relato, con dos personajes: una mujer y Jesús.

Mujer.- ¡Le he visto venir! Andaba de prisa. Sé, o mejor dicho, siento que viene hacia aquí, que viene a mi casa... Por eso he cerrado la puerta. Me he retirado enseguida de la ventana para que no me viese, pues no estoy segura que le vaya a abrir. Últimamente sus visitas me han producido una impresión ambigua, contradictoria.

La verdad es que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Hubo un tiempo en el que fuimos muy amigos, amigos íntimos, luego nuestra relación se hizo más distante. Por un lado, me sentía muy dichosa y feliz de tenerle en casa, pero, por otra parte, me sentía a menudo molesta. Me preguntaba cosas personales, bastante profundas, que me inquietaban mucho.

Yo intentaba desviar la conversación, trataba de hablar de otras personas, de lo que pasaba en la parroquia, intentaba comentarle nuestras reuniones de comunidad, las últimas noticias de la TV... Pero Él siempre volvía a encaminar la conversación hacia cosas íntimas, de las cuales yo temía hablar.

Varias veces vino, pero me escondí, no le abrí, aunque me sentía con remordimiento y cobardía por dentro.

(Podemos hacer una pausa e invitar a la comunidad a expresar cuándo cada miembro ha cerrado la puerta y sus posibles causas, como un momento penitencial comunitario. Cantamos un estribillo que exprese nuestro arrepentimiento por no haber abierto la puerta de nuestra comunidad, de nuestra vida ...).

Mujer: Y ahora está aquí de nuevo, ha llegado a mi puerta. No golpea la puerta principal. En este momento está llamando a otra puerta, es más pequeña y está atrás. Al principio de nuestra relación, le pedía venir siempre por esa puerta. Al pasar el tiempo, sentí un cierto malestar por el uso que Él hacía de esta puerta reservada, Entrando por detrás, Él podía observar, sin dificultad, toda mi casa. Ni el desorden ni el polvo pasaban desapercibidos para Él. Hasta incluso hizo algunas alusiones, directas y discretas al *mismo* tiempo.

Yo contestaba de forma evasiva: "Es tan difícil... no lo consigo...".

Entonces me dijo Él: "¿Podríamos intentarlo juntos los dos ?" Pero yo tenía miedo. Temía que descubriese que algunas cosas no funcionaban como debían. Le decía que más tarde, ponía pretextos de ocupaciones urgentes. Para terminar, cerré la puerta de atrás. A partir de entonces, le hice entrar por la puerta principal. Le recibía en la sala.

Por mi culpa sus visitas se hicieron cada vez más frías y formales. Y también cada vez menos frecuentes. Incluso alguna vez hice como si no le oía y no le salí a abrir.

Pero ahora está allí, esperando en la puerta de atrás.

(Canto).

Jesús: ¿Llamo? ¿Querrá dejarme entrar
¿Podremos recomenzar de nuevo y
recrear nuestra estrecha relación de
antes?

Mujer: Ya está llamando... ¿Qué hago?
¿Voy a abrir?

No tengo nada para recibirle. El
desorden está extendido por todas
partes. Pero... ¿dónde tengo la llave de
esa puerta ... ?

Jesús: Estoy a la puerta, ¿me oyes?
¿Puedo entrar? ¿Me dejas pasar?
¿Puedo conversar contigo un momento?

Mujer.- ¿Qué hacer? No puedo vivir sin
su presencia, pero al mismo tiempo
tengo miedo... Si abro, ¿me hará
reproches? ¿Seré capaz de hablar
abiertamente con Él? No puedo abrir sí
no estoy dispuesta a confiar plenamente
en Él...

Animo, voy a abrir! Señor, entra. Señor,
Tú sabes... Señor, Tú sabes que te
quiero a pesar de todo...

(Jesús mira a la mujer con una sonrisa
sosegada y le da un abrazo).

Jesús: ¿Sabes? Voy a cenar contigo.

Mujer: ¡Señor, no tengo nada que
ofrecerte...

Jesús: Soy yo el que te invita a mi cena,
quiero celebrar mi cena en tu casa.

(Canto).

(Pueden terminar con un momento de
acción de gracias compartida por lo
vivido durante el día).